

Poetas y críticos, ¿para qué?

José Ángel Leyva

HACE YA MÁS DE DIEZ AÑOS que por mí pasaron las páginas de aquella revista publicada por la embajada de Estados Unidos en México, *Facetas*, donde figuraba uno más de los anuncios fatales de fin de siglo. En este caso se trataba de un asesinato. El crítico literario Joseph Epstein preguntaba “¿Quién mato la poesía?” Con ese título escalofriante y a la vez revitalizador reflexionaba sobre la condición de los poetas en el mundo desarrollado, particularmente en su país. La interrogante de Hölderlin de ¿para qué escribir en tiempos de miseria? carecía ya de sentido en un mundo donde la rebeldía, la inconformidad de los creadores estaba domesticada. Se habían institucionalizado las búsquedas y las preguntas. Hasta vida y obra de los poetas *beatniks* eran estudiadas obligatoriamente en las escuelas y algunos de ellos o sus descendientes daban cursos y dictaban conferencias de las llamadas “magistrales” sobre los motivos y los efectos de sus obras, de sus pulsiones estéticas. Hasta cierto punto, y digamos que de algún modo, en México ha sucedido algo semejante.

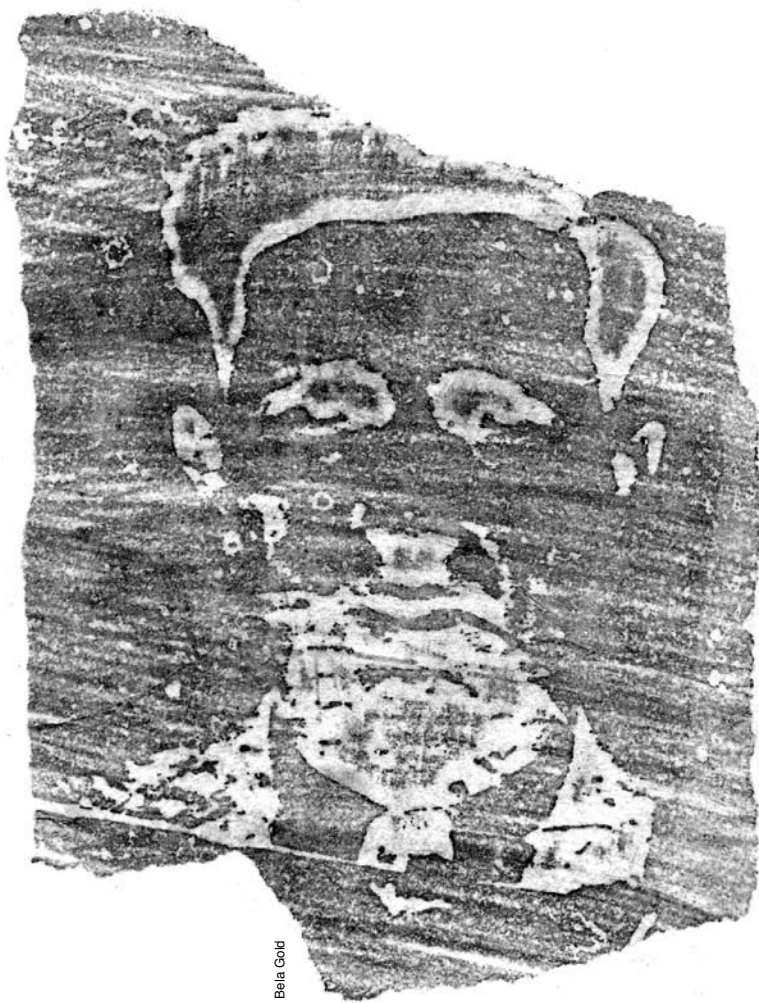
Los poetas y los artistas luchan a brazo partido, y con lo que tengan a la mano, por constituir las elites beneficiarias de las becas, los viajes, los puestos, las publicaciones, las plazas, el “poder”. Parfraseando a Werner Herzog diríamos que los becarios (no los poetas) comenzaron desde pequeños. Pero la poesía ¿ha dejado de existir?, ¿se extinguen los verdaderos y auténticos poetas?, ¿podrá no haber poesía, como dice socarronamente Alí Chumacero, pero siempre habrá poetas?, ¿los poemas podrán hacerse como reportes de trabajo? Incluso ya hay iniciativas para convertir el Sistema Nacional de Creadores en un organismo similar al Sistema Nacional de Investigadores, y que la permanencia

dependa de constancias y actividades que sumen puntos a los becarios. La Unión Soviética y el mundo del real socialismo nos dieron ejemplos palpables de cómo el olvido se lleva en masa y sin dolor a los versificadores del Estado, a los escritores didácticos, pero también cómo la poesía desentierra a sus “muertos”, a sus excluidos para actualizarlos y ponerlos al día entre fieles y neófitos lectores. La poesía entonces ¿muere? y los poetas ¿se suicidan o los condena su obediencia? Nunca eché en saco roto el ensayo de Epstein y he tomado conciencia de quiénes y qué mata la poesía, pero también qué y quiénes le dan vida.

En más de un sentido *A contraluz, poéticas y reflexiones de la poesía mexicana reciente*, coordinado y compilado por Rogelio Guedea y Jair Cortés (México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2005, 248 pp.), es un ejercicio cercano a los significados de *Versoconverso* y *Versos comunicantes* (Alforja / UAM) que hemos hecho desde la labor editorial de la revista de poesía *Alforja*. En primer término, se trata de una serie de ensayos o artículos provocados por un cuestionario que los coordinadores del proyecto han lanzado a los poetas elegidos. Ignoro sus preguntas porque desaparecen en los textos de cada autor, mas su reflejo se advierte en la orientación que dan los expositores, algunos muy apegados a los cuestionamientos y otros tomando distancia al hacer sus propias urdimbres intelectuales, al responder a las preguntas, preocupaciones e indagaciones personales y haciendo mínimo caso a las de sus interlocutores.

Quedan los textos, en su mayoría, limpios, sin la evidencia de una causal ajena, aparentando provenir de un contexto natural, de una atmósfera propicia para la reflexión, de una conversación colectiva. Pero lo cierto es

que atienden a un diálogo provocado por Guedea y Cortés, son ellos quienes encausan sus resultados. De alguna manera es este también un libro de entrevistas, como los que me ha tocado coordinar y hacer, entrevistas-ensayo. Pero desde un punto de vista formal *A contraluz...* nos ofrece un producto de apariencia exclusivamente literaria, aunque en su origen y en su concepción atienda al mismo recurso periodístico. Hoy en día la facilidad de la comunicación por internet permite u obliga a los interlocutores distantes a dar por escrito sus respuestas, y en muchos casos a desvanecer la pregunta.



Bela Gold

Las motivaciones de estas antologías también se emparentan entre sí. *Versos comunicantes* explora un horizonte demasiado extenso y ambicioso, las poéticas y los contextos sociales, generaciones y fenómenos culturales en los que los poetas iberoamericanos nacidos después, o poco antes, de 1930, y hasta los cuarenta, con excepciones de algunos nacidos en los cincuenta, escribieron sus libros de versos y en general sus obras literarias. Las corrientes de pensamiento y el afán de ruptura chocan ante la intolerancia y la violencia

que caracterizó a ese siglo genocida e innovador, dictatorial y liberador a la vez, utópico y frustrante, aterrador y fascinante, fundamentalista y plural.

La poesía escrita en español y portugués no está exenta de tales acontecimientos históricos y sociales, su lirismo se amamanta en ese pecho de ideologías y fervores épicos, unos para blindar otros para derruir, unos antes, otros después. Y como la narrativa, la poesía —menos aun que no tuvo *boom*— despunta el siglo XXI sin fenómenos editoriales o literarios emergentes. La industria editorial española, que tiene un mercado cautivo en Latinoamérica, sobre todo de saldos, ha pretendido artificiosamente montar su *boom* con resultados vanos.

Insisto en que Jair y Rogelio han echado mano del periodismo y del oficio editorial para convocar a quienes suponen capacitados para reflexionar en el ámbito de sus propias cuestiones, de su propio *Banquete*. Ellos han delimitado el campo de su interés a sus contemporáneos. Con excepción de ciertos invitados que me parece no encajan en el espíritu de este libro, y son precisamente algunos de los nacidos en los años sesenta, la mayoría asume el compromiso de pensar y confrontar la realidad que les toca vivir, se debaten entre la institucionalidad que los ha visto nacer como autores y la noción de una identidad que los legitime de manera individual y colectiva, su percepción del *para qué poetas* (en torno al que reflexiona Heidegger). Van más allá del acto reflejo de que a toda pregunta corresponde una respuesta. Son capaces de reaccionar blandiendo más y más interrogantes. Tal es el caso particular de los textos de Pablo Molinet y Heriberto Yépez, que trascienden lo local, lo personal, lo presente, lo dialógico, para sumergirse en las fuertes corrientes que empujan a la trivialización del poema, del calificativo poeta, de los libros de versos, de la poesía y de la generación y generaciones de escritores que publican más de lo que un pueblo analfabeto pudiese leer si fuese, como reza el eslogan gubernamental, un país de lectores.

La pregunta es ¿qué pasaría entonces con esa producción editorial de mil ejemplares de cientos o miles de poetas que han sembrado árboles, han tenido hijos y se sienten obligados con su familia y amigos a publicar libros? Quizás habría menos y mejores escritores, mayores tirajes de buenos libros y buenos ciudadanos que no se sintieran mal por ser exclusivamente magníficos lectores, responsables de sus tareas de servidores públicos, de sus obligaciones como profesores, de sus oficios, a los que debemos dignificar afirmando que un trabajo es malo si no deja tiempo para leer un par de libros a la semana.

La profusión de poetas de probeta, es decir, escritores de taller o de escuela, no es algo privativo de esta generación de jóvenes nacidos en los años sesenta o setenta, ha existido en menor escala en otros momentos. Desde Jorge Fernández Granados, Roxana Elvridge-Thomas y Mario Bojórquez hasta Ricardo Venegas, Pablo Molinet, Rogelio Guedea, Jair Cortés, Luis Armenta, entre otros, coinciden en aceptar que la poesía, la escritura literaria, es un acto solitario, individual, de vocación, talento, disciplina, convicción, al margen y no de la academia o de cursos y talleres de creación literaria. Nunca como antes los gobiernos han creado becas, concursos, publicaciones, revistas para los jóvenes escritores y artistas. Son muy limitadas las oportunidades para quienes se inician fuera de los rangos cronológicos de la juventud. Otra pregunta entonces sería ¿tenemos por ello mejores o peores escritores? Estamos persuadidos de que al menos sí son más, eso se nota en el cúmulo de publicaciones.

Frente a este panorama de abundancia editorial, de proliferación y anchura de los catálogos de autores se inserta el espectro de lo que Gabriel Zaid ha tratado bajo el título de *Los demasiados libros*. Y son demasiados desde mi punto de vista no sólo porque es en muchos casos el reclamo del conocimiento y las formas, sino porque no existen los demasiados lectores. No al menos en la misma proporción de escritores. Más aún, ante esa sobreoferta de publicaciones ¿en dónde quedan los críticos?, ¿dónde están los estudios académicos desde las universidades que den cuenta de ese fenómeno de manera general o específica?, ¿en dónde podemos hallar las lecturas y las reflexiones más o menos profesionales, no las reseñas de libros, que ya sabemos tienen ese sentido fiel del interés o la amistad que las provocan, de lo que se produce?, ¿dónde esa atenta lectura del crítico o del escritor que se nutre no sólo del clasicismo sino de lo nuevo, lo germinal, lo que abre puertas hacia otros libros.

La crítica está ausente porque no hay lugar para ella en un medio cultural contaminado por la permisividad y el conformismo, por un sistema político inmoral donde es mejor callar y no moverse para salir en la foto. Recuperar la tradición de la crítica o forjar esa tradición inexistente en las letras mexicanas es a todas luces el desafío de las nuevas generaciones de poetas, de intelectuales, de artistas. La crítica reflexiva y también la de mala leche serán un buen síntoma de que en México algo sustancial está cambiando, de que los poetas no escriben sólo ocurrencias

o gracejos, y de que autodenominarse o reconocerse poeta es una responsabilidad de mucho peso. Como bien apunta Mario Bojórquez: “Obtener el reconocimiento público no es proporcional a las virtudes estéticas de una obra”.

Celebro esta iniciativa de Jair Cortés y de Rogelio Guedea para conformar una antología de reflexiones, en su mayoría críticas, que no pretenden canonizar ni pontificar, que no busca enlistar a los mejores o a los peores poetas, pues su mirada es de mayor alcance que eso. Hay, por supuesto, tufillos de magisterio y de “modestias aparte”, hay también catálogos inevitables y tendencias de exclusión, expresiones autorreferenciales que revelan la miopía localista, pero domina al final la madurez y la frescura, la iconoclasia y la irreverencia, la inteligencia y las preguntas. Por eso me atrevo a emparentar este libro con *Versos comunicantes*, porque hay en ambos esa virtud que menciona Jorge Fernández Granados en boca del poeta japonés Matsuo Basho: “No busco el camino de los antiguos: busco lo que ellos buscaron”.

Antonio Gamoneda afirma que la conciencia de la muerte es el motor de la poesía, quizás en esa conciencia quepa también la muerte de la propia poesía, su inevitable extinción, para darnos cuenta de que, al menos por ahora, la heteroglosia, en la que abunda Heriberto Yépez a partir del concepto bajtiniano como el habla plural, el discurso externo y prosaico, cabe en el lenguaje privado del poeta, para saber que el habla cotidiana, el lenguaje de la calle transita hacia los versos. La monoglosia no es un discurso hecho únicamente de soliloquios y monólogos, de la simiente lírica, sino de las voces épicas y del drama mundano, esperpéntico, pueril, intrascendente que le hacen dudar al autor de la *Eneida*, en *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch, si merece la pena concluir su obra poética más grande a la luz de su agonía, donde puede advertir la materia vulgar, el espíritu simple, de qué están hechos los hombres que su escritura transforma en héroes y en mito, en poesía. Dante puso en práctica ese principio y dio lugar en lengua popular, en toscano, a su obra imperecedera, la *Divina comedia*. La cuestión queda en el aire: poetas y críticos ¿para qué?•

JOSÉ ÁNGEL LEYVA es codirector de *Alforja*, revista de poesía. Coordinó los libros de entrevistas de poetas con poetas mexicanos e iberoamericanos, respectivamente, *Versoconverso* (2000) y *Versos comunicantes* (2002). Su primera novela lleva por título *La noche del jabalí* (2003).